

# PEGASO ROSADO

LA NOVELA DE CIELO



 Planeta

PAMELA  
STUPIA

# PEGASO ROSADO

LA NOVELA DE CIELO

PAMELA  
STUPIA

Para el pegaso rosado más bello.  
Gracias por aparecer en mi camino  
y enseñarme lo que es el amor.  
Feliz aniversario, por muchos  
años más juntos :)

Te amo. Agus

Cielo, tuve este libro en mis manos durante muchos años y no pude evitar leerlo. Creí que nunca iba a entregártelo y no tuve chances de hablar con vos por mucho tiempo, así que me tomé el atrevimiento de dejar algunos comentarios. Espero que no te moleste, simplemente, necesitaba aclararte algunas cosas y al incluir esas notas, sentí que lo hacía.

Agus



## UN ANTES Y UN DESPUÉS

### **2 AÑOS, 13 DÍAS y 6 HORAS DESPUÉS...**

Voy camino hacia la que podría ser la peor decisión de mi vida, aunque en cierto punto, no sé si lo decidí o solo me estoy dejando llevar. En ese caso no sería una decisión, más bien, podríamos catalogarla como un gran error o un buen acierto. Lo sabremos luego.

El problema es que no suelo acertar y los errores me dan pánico. Me detengo porque descubro que estoy más cerca de arruinar todo que de mejorarlo. No me suele suceder, pero en ESTE caso puntual, siento que las cosas son inmejorables. Cuando algo es perfecto... ¿se puede mejorar? Ya no dudo, sé que voy camino a arruinarlo todo.

Mi amiga me mira intentando entender si realmente voy a abortar el plan. “¿En qué momento coseché una amiga?”, pienso, pero recuerdo que ya tengo suficientes problemas como para ponerme a analizar uno más. Lo bueno es que Bianca no habla, solo me mira mientras

No lo era... no cuando aún no te había tenido enfrente de mí.  
Gracias por dejarte llevar.

resoplo porque me conozco y sé que estoy a unos pocos pasos de arruinar lo único bueno que me sucedió en la vida. Arquea una ceja y abre sus ojos de manera exagerada, algo que podría traducirse con un: "Cielo... ¿qué pasa?". Me muerdo el labio inferior y vuelvo a la caminata.

Suspiro y pienso a una velocidad abrumadora. Sigo mi camino y ahora lo hago a paso firme, aunque en el fondo sé que no debería estar dando esos malditos pasos. Pero avanzo, mientras pienso en cómo fue que llegué a ese patético momento en el que todos los sentimientos se mezclan: nervios, angustia, vergüenza, miedo e inseguridad.

Soy una persona insegura, eso no va a cambiar y no es mi culpa. Nací condenada a la inseguridad. Mi pelo, mis anteojos, mi estupidez mental, **todo lo que "navega" por mi genética está mal.** Lo peor cayó en mí, como si al nacer hubiese tenido un imán inmenso que atraía todo lo negativo. La inseguridad no fue una elección, sino parte del combo.

Hay muy pocas cosas que me gustan, de hecho, siempre me fue más fácil enumerar lo que odio, frente a lo que amo. Podría asegurar también que detesto casi todo de mí: mi forma de ser, mi pelo, mi voz y todas las decisiones que tomo. Soy fiel a ese sentimiento como una fan, pero a la inversa. Hace poco tiempo llegué a la conclusión de que soy mi propio *hater* y lo peor del caso es que sé todo sobre mí, mi odio no está basado en suposiciones. Es serio y analizado. Me gustaría ser todo lo opuesto a lo que soy, pero nunca pude cambiar. O, al menos, no del todo.

Todo lo que "navega por tu genética" me enamora.



Me doy cuenta de que analizar mi condena nata al fracaso me ayuda a no pensar en el error que estoy a punto de cometer. Así que me zambullo directamente en ese pensamiento y descubro que, en realidad, me gustan muchas cosas porque soy fan de casi todo. De One Direction, de Wattpad, de Twitter y de las galletas Chocolinas (sobre todo cuando las mojo en café negro recién hecho). Ese es el punto crucial de la situación: amo muchas cosas, pero detesto todas aquellas que tienen que ver conmigo. Me parece bien, soy fan de todo, menos de mí. De todos modos, ¿alguien podría serlo?

Llamarme Cielo es una de las primeras cosas que odié. Me gusta el nombre y cómo suena cuando alguien lo dice, pero siempre me pareció complicado de “llenar”. “Te ganaste el cielo”, suelen decir cuando alguien hace algo extremadamente bueno, o “siento que estoy tocando el cielo con las manos”, aseguran cuando algo genial les sucede. Todo es bueno en torno al cielo y me parece una gran carga tener que lidiar con un nombre que promete perfección donde no la hay.

Y si busco algo positivo en mi destino, dejando de lado la carga que acarrea mi nombre, nacer en Balcarce siempre me pareció algo para destacar: poca gente en una ciudad pequeña donde todos ya me conocen y saben que no quiero hablarles. Lo malo es que, a esta altura, mi única ráfaga de buena suerte se esfumó y caí en estas calles de Buenos Aires que estoy caminando en este momento.

Suspiro y me detengo. No quiero hacerlo, no quiero arruinarlo. Sé que no hay una sola posibilidad de que





algo resulte bien. Bianca me toma de la mano, sin emitir una palabra, y me arrastra. Tengo ganas de llorar, **no quiero decepcionarlo, pero sé que lo único que puede sentir al verme es decepción.**

Eso es lo que siempre genero: decepciono a mamá por no ser como ella quisiera. Decepciono a papá que, aunque intenta entenderme, sé que debe creer que tiene a una hija rara y malhumorada. Estoy segura de que voy a hacer lo mismo con Bianca algún día, pero hoy... hoy es el turno de la última persona a la que desearía decepcionar. Igual —me conformo— solo era cuestión de tiempo.

Vuelvo al otro pensamiento, porque este me está haciendo daño. Quiero analizar aquellas cosas que me gustan para disipar la angustia, de hecho, este sería el momento perfecto para sacar de la mochila mi cuaderno y escribir una lista. Hacer listas y cuadros sinópticos sobre mis pensamientos me ayuda a ordenar lo que me pasa. De todos modos, estoy temblando. No podría escribir nada en este estado.

Busco desesperadamente otro pensamiento que no sea él y el momento en el que voy a perderlo para siempre. Intento poner la mente en blanco, pero es imposible. ¿Alguien pudo hacerlo alguna vez? Desconfío de la gente que lo logra.

Decido llevar mis pensamientos hacia lo que más amo en la vida: escribir. Podría asegurar que hacerlo es una de esas pequeñas cosas que le dan algo de luz a mi vida. Siempre me gustó escribir, aunque nunca me consideré lo suficientemente capaz. Sin dudas, sería otra manera de decepcionar. Una novela escrita por mí decepcionaría a cualquier lector.

Por suerte, Bianca camina a mi lado. De no ser por ella, ya me hubiesen atropellado un total de trescientos cincuenta autos y doscientos noventa colectivos. Bueno, en realidad, creo que no hubiese llegado a tanto porque con la poca suerte que tengo, el primero me hubiese matado. El punto es que no sé por dónde camino, porque toda mi atención está en mis pensamientos y es en ese momento exacto en el que descubro que estoy en el lugar de encuentro.

Mi amiga se detiene y habla. No sé qué dice, porque estoy demasiado nerviosa como para escuchar, pensar y sentir. Me pasa exactamente lo mismo que me sucedió el fin de semana pasado cuando papá quiso enseñarme a manejar. Sí, no tengo edad para hacerlo, pero él sostiene que es mejor aprender de chica, así que intentó darme una clase rápida que terminó en desastre: pisar el embrague, el acelerador, tomar la palanca de cambios y moverla de tal o cual manera, mover el volante, poner los ojos sobre los espejos retrovisores y mirar hacia adelante. ¿De verdad pretenden que un ser humano haga tantas cosas al mismo tiempo? Fracasé, claro. Terminé con el auto sobre la vereda y papá estalló de la risa. En el fondo, fue otra de las miles de veces en la que lo decepcioné. Ya se los dije, soy experta en ello.

Vuelvo a la realidad y los nervios me invaden, aunque noto que de todos los sentimientos que recorren mi cuerpo el miedo es el predominante. Lo odio, porque el miedo no se va jamás. El miedo, en realidad, da más miedo.

Hace poco tiempo descubrí que, a veces, tenemos miedo de tener miedo en el futuro y, otras veces,

~~Odio lo que me da miedo, lo que nos  
gusta me da miedo, lo que me da  
miedo me da miedo, lo que me da  
miedo me da miedo, lo que me da  
miedo me da miedo.~~  
Odio lo que me da miedo.  
lo que me da miedo.

tenemos miedo porque algo en el pasado nos generó miedo. Parece un trabalenguas, pero es una cadena que no se detiene. Una vez que entrás en ella preferís que no haya ilusión en tu vida, para que no haya desilusión. Porque la desilusión no existe si primero no te ilusionaste... ¿alguna vez pensaron lo fácil que era no desilusionarse? Ahora lo saben: **si no se permiten tener esperanza sobre algo, nunca se van a desesperanzar.** Es un buen *tip* que no les recomiendo poner en práctica. Salvo que su intención sea vivir una vida plana e irrelevante como la mía. En ese caso, podría ser una buena idea.

Sigo allí, mientras Bianca se ríe. No quiero mirar hacia donde debo mirar, pero lo hago. No sé si mis movimientos son lentos o estoy en *shock*, pero desde que decido echar un vistazo a aquel lugar donde él debería estar, pasa mucho tiempo hasta que finalmente lo hago. Y aunque deseaba no verlo y que hubiese sido él quien me decepcionara a mí, me da cierta alegría saber que está allí... donde prometió estar.

No es lo que pensaba, claro. Nadie hubiese esperado que fuese aquel que me espera allí, ni siquiera Bianca. Y no es bueno... en verdad no lo es. No estoy decepcionada, él nunca podría hacerme sentir así, pero tengo la certeza de que estoy en el lugar equivocado. Intento alejarme, no me vio así que, simplemente, podría terminar esta historia aquí y ahora. Siento que es fundamental que siga creyendo que soy lo que imaginó de mí. Estamos de acuerdo en que me imaginó mucho mejor de lo que soy. No hablo solo del físico, sino también de quién soy por dentro, de lo

¿Cómo podemos saber que algo va a desilusionarnos sin antes ilusionarnos y probar suerte?

contrario, nadie desearía encontrarse con una miedosa, insegura, malhumorada y mala persona que no sabe relacionarse con nadie más que con su perro (y a mucha honra).

—¿Qué te pasa? —pregunta Bianca, como si no fuese obvio.

—No quiero ir.

Me siento una estúpida, pero realmente necesito desaparecer de allí.

—Dale, Cielo. ¡Ya estamos acá!

—En algún momento tenemos que irnos, no cambia nada irnos ahora o en un rato...

—¡Cielo! —exclama—. Dale, es tu amigo. Dijiste que lo importante era lo de adentro, ¿lo vas a discriminar por lindo?

—No es por eso.

En realidad, sí. Es justamente por eso.

—¿Entonces? —pregunta.

—Nunca quise venir, me obligaste.

—Si no hubieses querido, no estarías acá —se enoja e insiste—: En el fondo también sentías curiosidad.

—Sí, y ahora ya lo vi, así que podemos irnos —digo, rápidamente, pero Bianca me toma del brazo y me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo por algo que, de una manera u otra, va a terminar mal.

Sé que las cosas no van a ser iguales desde hoy. Entiendo que este es un antes y un después en nuestra historia. Si nunca llego, va a decepcionarse y si lo hago, también. En cambio, ser valiente y enfrentarlo atrasaría la decepción de Bianca y, aunque nunca tuve una amiga de carne y hueso y no sé cómo funcionan las cosas, por

el momento, no la quiero perder. Respiro hondo y camino hacia él. Cuando estoy cerca levanta la vista y me mira. **Este es el fin, pero fue bueno mientras duró.**

↓  
*Gracias por ese momento exacto que cambió mi vida.*





## PARTE I

¿CÓMO PUEDE SER QUE AÚN NO SE  
HAYA CREADO UNA CIUDAD ONLINE  
DONDE UNO PUEDA HACER TODO?



UNA SOLEDAD  
MÁS SOCIABLE

Me siento sola y eso no es normal en mi vida, o algo que suceda todos los días. En realidad, nunca me siento sola, porque mi meta de todos los días es, justamente, estar sola. Siempre prefiero permanecer en silencio o dedicar mi tiempo en cosas que me divierten, que, por lo general, no son las mismas actividades de las que disfrutan el resto de las personas.

Desconozco cuál es el motivo, pero esta mañana algo se siente diferente. Mamá está en casa como todos los días y cuando abro los ojos, Melón, mi perro, me mira con los ojos saltones, igual que el resto de las mañanas del año. Respiro hondo y cierro mis ojos con fuerza. Ya sé lo que está a punto de suceder: Melón salta sobre mí con sus cuatro patas, como si mi cuerpo fuese el suelo o algo que no sufriera ningún tipo de dolor, y cuando abro mi boca y digo: “Bas...”, no puedo continuar la palabra, porque su lengua recorre mis labios con apuro.

—¡Qué asco, Melón! —digo, molesta, justo cuando me mira con esa expresión compradora—. OK —me doy por vencida—: Vení.



Se acurruca un poco sobre mi cuerpo y otro poco sobre la cama, y mientras intento entender qué hay de diferente en esta mañana, tomo mi celular, que descansa sobre la mesa de luz junto con una serie de cuadernos donde me divierte escribir mis adoradas “listas de Cielo”.

No sé si es algo común, pero a veces siento la necesidad de detenerme y hacer una lista. Puede ser una lista sobre una situación en particular, sobre una persona, un libro, una película o una canción. Las “listas de Cielo” me sirven para entrar en detalle, para conocer más sobre eso que siento que merece algo de atención. Tengo listas de “Cosas positivas de las vacaciones” o de “Cosas que siento cuando me resfrío”. También hice algunas sobre Harry Styles, mi One Direction favorito. “Cosas que le diría a Harry Styles”, “Cosas que come Harry Styles en medio de los shows” o “Camisas que más me gustan de Harry Styles”.

Reviso mi celular: 0 llamadas, 0 mensajes, 0 notificaciones. No esperaba más. No tengo amigos ni nada similar. Este celular existe en mi vida solo porque mamá necesita estar en contacto, como si no fuese que paso el noventa y nueve por ciento de mi día adentro de esta casa. Melón suspira con satisfacción y yo me acurruco junto a él, falta poco para que terminen las clases y es sábado, por ende, no tengo que levantarme de la cama con urgencia.

Por unos instantes, caigo una vez más en el sueño. Estoy sola en Laguna Brava, uno de mis lugares favoritos, justamente, porque nunca hay gente. Lo descubrí hace unos meses después de discutir con mamá; ella

¿Ninguna lista sobre un tal Agustín?

tiene esa costumbre de castigarme obligándome a salir de mi cuarto, a salir de mi zona de confort. No me entiende. Todavía no sabe lo mal que la paso cuando me hace alejarme de aquellos lugares que me hacen sentir segura.

Cuando despierto completamente no recuerdo con claridad qué sucedía en aquel sueño. Solo mantengo algunas imágenes: la laguna, mis cuadernos con las “listas de Cielo” y mis anteojos con sus vidrios rotos. Todo tiene sentido: odio mis anteojos incluso en mis sueños.

Me dirijo al baño, me lavo los dientes e intento no mirarme al espejo. No quiero ponerme de malhumor desde temprano. De todos modos, sucede: una vez que me lavo la cara y me pongo los anteojos veo mi reflejo. No me gusta. Nunca me gusta. Tengo el pelo castaño y si bien es lacio, últimamente está algo extraño. Me cuesta peinarlo, cuando me termino de bañar se infla como una nube y si paso mis dedos lo siento áspero y seco. Mi mamá dice que es “normal” a mi edad, le encanta usar esa palabra, tal vez por eso no me entienda... si busca normalidad en mí no la va a encontrar.

Me salió un herpes en el labio inferior. Odio esas lastimaduras, no porque son feas, porque igual no tengo remedio, sino porque duelen y molestan al comer. Suspiro. Mamá y papá no son feos... no entiendo por qué soy así. De hecho, papá usa anteojos y le quedan bien... en cambio a mí, me quedan terribles. Todavía no me acostumbro a usarlos y aún no me habitué al hecho de que todas las personas del mundo se burlen de mí por ello.

Bajo las escaleras y la encuentro. Solo para ponerlos en tema, les cuento que mamá es ese tipo de

individuo que ama estar rodeado de otras personas y le cuesta entender que existan seres humanos que no disfruten de ello. Por eso, los once años que hace que existo en su vida no fueron suficientes para que entienda que no soy como ella, que no tengo amigos porque no deseo tenerlos, que no me gustan los chicos (ni las chicas, ni nada que desemboque en una relación amorosa) y que el único que puede comprarme con su mirada es mi perro: Melón. Es que él es el único que me entiende y en los meses que hace que llegó a casa, descubrí muchas de las ventajas de esta relación: no habla, me acompaña en todo momento sin invadir, me quiere, no miente, no me hace sentir menos que él y es feliz cada vez que me ve. Nada de eso sucede con los seres humanos. Todos me invaden, todos me juzgan y, por sobre todas las cosas: nadie es feliz cuando me ve.

Lo bueno es que fuera de mi nefasto reflejo en el espejo y de mamá hablando demasiado, la mañana comienza con café negro y galletas Chocolinas: mi desayuno preferido. **Estoy casi segura de que no existe mejor combinación en el mundo,** incluso ese día en el que no me siento del todo bien.

Mamá sigue hablando, pero yo estoy con mi mente en la TV, viendo Gravity Falls y disfrutando del desayuno. No es mala, lo sé... pero no me entiende y me obliga a hacer cosas que no quiero. Sé que cree que lo hace por mi bien, pero no me hacen feliz las mismas cosas que a ella. Es simple, pero no lo entiende y esa mañana vuelve a suceder: “Mañana es el cumpleaños de Maura... ¿ya sabés qué te vas a poner?”.



Se me cae el mundo abajo en cuanto escucho su pregunta. No quiero ir a ningún cumpleaños, los odio. Detesto los eventos de cualquier tipo a los que hay que ir por obligación, hablar con las personas, jugar a juegos estúpidos y cantar una canción mientras una persona sopla unas velas sobre una torta. ¿Qué hay de divertido en hacer siempre lo mismo? ¿Por qué tengo que ir a cumpleaños de personas que no me interesan? ¿Tengo que ir a los cumpleaños de las personas que quiero para que sepan que lo hago?

—No quiero ir —digo, aunque sé que eso no va a cambiar mi destino.

—Sí, Cielo. —Sonríe—. Ahora creés que no, pero una vez ahí te divertís.

¿De dónde saca esa conclusión tan errónea? Jamás la pasé bien en un cumpleaños.

—No, mamá —digo con serenidad, a veces creo que si le explico puede entenderme—. No me gusta ir a los cumpleaños de mis compañeros, no la paso bien. Podés decirle a Ingrid que estoy enferma.

—Cielo. —Frunce el ceño—. Vas a ir.

## Lista de cosas buenas de los cumpleaños

-

-

-

-

-

-

-

- Cuando vuelvo a casa.



Me dirijo hacia mi cuarto pensando en que hubiese sido mejor enterarme al día siguiente de la existencia de aquel cumpleaños. Tengo que ir, no tengo opción y lo único que quiero es que el tiempo pase rápido para que ya se haya terminado aquella tortura. ¡Encima Maura! Nada podría ser peor.

Me siento en mi escritorio y me digno a hacer lo que planeo hace semanas: crear una cuenta en Twitter. Ya sé, no es algo demasiado arriesgado, pero es una red SOCIAL, por ende, en mi vida es complicado dar un salto semejante.

Hice una lista de cosas buenas de Twitter, pero la tiré al cesto de basura cuando descubrí que era poco objetivo opinar sin tener una cuenta y sin haberla usado jamás. Así que me propuse abrir una, usarla y después hacer la lista con datos fehacientes sobre lo bueno de aquella red social que usa todo el mundo.

Sé que crear una cuenta en una red social no es una buena idea para alguien que odia socializar, pero, después de meditarlo, llegué a la conclusión de que no puede ser tan malo. El punto es que mi objetivo no es relacionarme con las personas, sino quejarme con libertad. El plan es poder escribir en Twitter lo que no les digo a las personas en la vida real. A veces necesito expresarme y ¿qué mejor que hacerlo ante personas que no tienen idea de quién soy, dónde vivo o desde dónde tipeo en mi celular?

Amo escribir y siento que tuitear (nuevo verbo) es como hacerlo en todo momento. Podría tratarse de eso... de deslizar algunos fragmentos y no tener que

responder a quienes me mencionen. ¿Existe algo más interesante que poder elegir quedarse en silencio? No es algo que la gente acepte. Siempre quieren hablar, todo el tiempo necesitan sentir que le importan a alguien. Yo no le importo a nadie, y tampoco les importaría si me conocieran, así que no cuento con esa carga. Me resigné el mismo día en que nació y a esta altura, ya lo acepté.

Siento que llegó el momento porque hace meses coqueteo con la idea de abrir una cuenta de Twitter y recién en este momento descubro que jamás pensé en un nombre de usuario. Mi nombre es una palabra muy usada, jamás podría ponerla como usuario, así que lo descarto. Tampoco quiero poner mi apellido, porque la idea es pasar desapercibida (bueno, Cielo, ¿desde cuándo creés que sos popular o relevante?). Pienso y pienso... no se me ocurre nada hasta que descubro que es obvio cuál debe ser mi usuario. Siempre me gusta usar irónicamente aquellas palabras o expresiones de la gente que me ponen de malhumor. Lo malo de ello es que empieza como una ironía y luego se transforma en algo común, o sea, que termino siendo como aquellas personas que las usan. Me molesta que me pase eso, pero me sigue resultando divertido hacerlo, así que decido que mi usuario sea lo que dicen TODAS las personas cuando les digo mi nombre.

—¿Cómo te llamás?

—Cielo.

No es cierto, Cielo. Siempre le importaste a tu familia y a tus amigos. A mí siempre me importaste por sobre cualquier otra persona.

¡Espero no haber dicho eso!



—¡Ay, ay, ay, ay! Cielito lindo.

Nunca respondo, antes me obligaba a fingir una sonrisa. Ya no, me frustra que todos los seres humanos respondan igual ante una misma cosa. ¿Yo también seré así? ¿Será que somos robots y no nos enteramos? ¿Alguien nos programó para ser igual de idiotas?



~~... muchas veces, pero esta~~  
~~... muchas veces, pero esta~~  
~~... muchas veces, pero esta~~  
~~... muchas veces, pero esta~~